

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### Montorch y la lágrima del sol negro

Joan Cifuentes

#### PRÓLOGO

Hace más de tres centurias, una joven pareja descansaba bajo la confortable sombra de un árbol, mientras la primavera asomaba sus primeros vestigios. Aquella tarde el viento ya soplaba más tibio, envolviéndolos deliciosamente, mientras todo el entorno comenzaba a despertar del periodo invernal. El cielo ya más azul empezaba a destronar al gris, y las colinas, los prados y el paisaje en general preparaban sus vestiduras de aquel color verde que representa la vida. Él apoyaba la espalda sobre el tronco de aquel árbol de corteza lisa, y ella sobre el pecho de su hombre, que la rodeaba con los brazos. Ella, respirando profundamente para llenarse de ese instante en que se sentía plenamente feliz, se preguntaba por qué él lo había dejado todo por ella: una vida cómoda en la capital, una buena educación, una familia bien posicionada que siempre rechazó que quisiera volver al pueblo de donde habían decidido huir sus antepasados, etc., pero sobre todo, que quisiera casarse con una chica pobre y huérfana, que a los ojos de aquella familia, no podía ofrecer nada a su hijo. Él no lo veía así. Tenía entre sus brazos todo lo que deseaba, aquello por lo que creía que valía la pena superar todas las dificultades que se presentaran, que no serían pocas. Incluso quedarse en aquel pueblecito del que había oído historias en una cuna mucho más holgada de lo que nunca pudieron tener sus abuelos. Historias de desaparecidos, de maldiciones y pesadillas que con el tiempo habían preferido dejar atrás en su camino hacia una vida más próspera. Pero ahora, él estaba allí. Con una vista privilegiada de las ruinas del castillo del que había oído todas aquellas historias y donde los habitantes seguían sin querer acercarse. Sin el favor de su familia y con una vida dedicada a la agricultura, para la que no le habían preparado. Eso sí, su valor era inmenso, y gracias a ello decidió seguir lo que el corazón le dictaba. El caso es que se sentía más feliz que nunca.

Ella, creyendo que no tenía nada más que ofrecer y empujada por la fuerza de sus ancestros, los espíritus de los cuales aún estaban presentes en aquellos parajes, se sacó un anillo del dedo y lo puso en las manos de su amado. Aquel anillo había pertenecido a su familia durante más de doscientos años. No fue un momento cualquiera; él no imaginaba lo que supondría ese gesto de su mujer. Aceptó el

regalo sin saber que ese momento se volvería legendario y que cambiaría el curso de las cosas. Tan relevante sería aquel momento como su propia existencia. Pero todo ello no lo descubriría hasta muchos años después de su propia muerte.

## 1

Hacía más de veinte años que Enrique no había visto las páginas de aquel viejo diario. Acababa de recuperarlo del rincón más escondido de la cómoda de su habitación, y también del rincón más profundo de su alma. Acarició sus polvorientas páginas y lo abrió con la inquietud que le provocaba el aliento del pasado. Sabía que debía cerrar aquel episodio misterioso en el que se vio inmerso años atrás. El objetivo era proteger el secreto, y a la vez evitar que se hundiera en la inmensidad del olvido.

Su historia comenzó en su pueblo natal, Esparreguera, en una pequeña casa en la calle de las Cabañas, llamada así por las viviendas de estilo rural que allí se encontraban, que había pertenecido a sus abuelos. Su abuela había muerto hacía menos de dos años, con noventa y tres años. Toda la familia había vivido en Esparreguera desde que ella vino con su familia cuando solo era una niña. Hacía más de dos meses que los padres de Enrique decidieron marcharse al pueblo francés de Pierrefonds, muy cerca de París, donde encontrarían una buena oportunidad en su vida profesional. Después de pensarlo mucho, Enrique decidió no acompañarlos en su nueva aventura. A su edad era muy complicado un cambio de esas magnitudes. Ya tenía su grupo de amigos, su trabajo y se sentía muy arraigado a la tierra que lo había visto nacer.

Los beneficios de la venta de la casa cubrirían los gastos necesarios de la nueva vida que iniciaban sus padres. Así que Enrique decidió mudarse a la vieja casa de sus abuelos, donde había pasado gran parte de su infancia. Con veinte años escasos y una montaña de cajas, llegó a aquella casa para instalarse. Sin embargo, tenía que hacer antes una buena limpieza. Estaba dispuesto a deshacerse de todas aquellas cosas que fueran inservibles, pero la mayoría le traían grandes recuerdos junto a sus abuelos, y no tuvo corazón de tirarlas; así que las bajó todas al sótano que tanto miedo le daba cuando era un crío. Lo cierto es que aún sentía un escalofrío cuando bajaba aquellas escaleras oscuras que tiempo atrás le llevaban directamente a sus peores pesadillas.

Enrique quería salir de allí lo antes posible. Cada vez que crujía la madera de aquellos peldaños sentía que volvía a ser aquel niño. Mientras ubicaba la última de las cajas en la parte más alta de un estante, arrastrándola hasta el extremo, sintió como algo caía al suelo estrepitosamente. «¡Ostras! ¡Qué susto! Lo que faltaba», pensó mientras sonaba una suave melodía que salía del interior de aquel objeto. Bajó de la silla y se dio cuenta de que lo que había caído era una caja de música de madera. Era muy antigua, y parecía

tener la extraña facultad de hacerle latir el corazón con tanta fuerza que parecía que quisiera atravesarle el pecho para huir. En el interior de la caja había una agrietada muñeca de porcelana que bailaba al son de la música. También había un crucifijo de madera rojiza que parecía tallado a mano.

«¿Pero qué hace un crucifijo en casa de los abuelos?», pensó. No es que sus abuelos no fueran creyentes, pero nunca creyeron en aquellos que afirmaban representar a Dios, y tampoco en sus símbolos religiosos. Sus ideas eran más bien modernas, como las que arraigaban en otros países de Europa. De hecho, no había muchos como ellos en su época. Se disponía a cerrar la caja para acabar con esa melodía que sonaba ahogada, dándole un tono más inquietante. De repente, Enrique encontró un papel amarillento que se ocultaba en el interior. Lo sacó con mucho cuidado para evitar romperlo, con gran curiosidad. Al desplegarlo, notó como si la fragancia del pasado abriera sus puertas, con la inconfundible letra de su abuela y con un misterioso contenido. Decía así:

*Olvidado y proscrito cementerio.*

*Doce campanas se ponen en marcha,  
despidiendo un octubre de escarcha,  
envuelto entre la bruma y el misterio.*

*Visito la noche de difuntos,  
el lecho de mi añorado abuelo;  
pues el cobijo que habita en el cielo  
algún día volverá a vernos juntos.*

*Algo agita tras de mí un leve zumbido,  
el aire ya no parece tan puro.*

*Tras de mí emerge un ser siniestro y oscuro,  
desafiando a este lugar prohibido.*

*Cubiertos bajo un manto de rocío  
y por una embrujada luna de hielo,  
«bonita noche», digo con recelo,  
paralizada por el miedo y el frío.*

*«Solo es un pétalo más de esta rosa  
que libo de forma parasitaria;  
pues para mi agonía centenaria,  
infinita e inodora es, como hermosa».*

*Largo cabello y un pálido semblante  
giran con un gesto lento e inhumano.  
Sobre una losa desliza su mano  
cual marfil de forma lenta e inquietante.  
Pronunciando tristes sus grises labios:  
«aquí descansa el cuerpo de mi esposa,  
donde le hablo a su alma que reposa  
lejos de este cruel mundo y sus agravios».  
«Señor...», replico en tono tembloroso,  
«Esa tumba tiene más de cien años».  
«No existe el tiempo sin subir peldaños,  
sin la promesa de un final glorioso».  
Su voz grave y de ultratumba advierte:  
«No te conviene estar aquí, y menos hoy,  
pues a este lugar le debo lo que soy;  
el cruel despertar después de la muerte».  
Observándome con su gélida tez,  
noto el vacío del mal en sus ojos,  
convirtiendo los míos en cerrojos,  
y su aliento como ninguna otra vez.  
El crujir de una rama, un pestañeo □  
El viento las hojas de otoño barre,  
en esta noche de hechizo y aquelarre,  
donde se perdió entre la niebla, o eso creo.  
Un resquicio de vida en el olvido,  
el amor imperecedero e inmortal,  
del ser errante con destino fatal,  
que hurgó un resto de espíritu perdido.  
Mi abuelo entre nervios y suspiros,  
aseguraba ventanas y puertas,  
protegiéndonos de las almas muertas  
susurrando, «Nosferatu, vampiros».*

*Los adultos fingen en sus burbujas,  
los niños creen un tiempo estas historias,  
para perder después de sus memorias,  
esos cuentos de la noche de brujas.*

*María Núñez de Quintana, 31 de octubre de 1883*

Si un crucifijo en posesión de su abuela sorprendió a Enrique, más lo hizo el hecho de que hubiera escrito nada parecido. Además, en aquella época, su abuela no tendría más de quince años, y no debía hacer mucho que había emigrado, proveniente de un pequeño pueblo granadino.

Enrique no sabía qué significaba todo aquello, pero sí sabía una cosa: ella nunca inventaba historias como aquella. Sin saberlo, aquella caja de música abrió en su interior algo más que una tapa vieja de madera. Abrió un rincón desconocido de las profundidades del corazón de su abuela. Le abrió una curiosidad que empezaría como un juego pero que ya no la abandonaría nunca. Algo que cambiaría su vida abriéndole las puertas de un mundo oscuro y olvidado. Un mundo enterrado bajo el paso de los años, la ignorancia, la incredulidad y, sobre todo, por los intereses de aquellos que debían esconder sus propios pecados.

## 2

Los primeros rayos de sol que atravesaban la ventana de la habitación de Enrique le trajeron a la memoria la carta de su abuela. Aquel fue su primer pensamiento del día. Al hacerlo, le pareció ver aquella expresión dulce, arrugándose en una sonrisa. Cuando le llamaba para comer en aquellos veranos en que salía a refrescarse en la balsa de la plaza con sus amigos, el olor de sus postres, aquella dulzura con la que siempre lo trataba de niño...

Los ojos verdes de Enrique aún no se habían adaptado a la luz del día. Era muy temprano y hacía frío. Se abrigó con una chaqueta gruesa y unos guantes de lana, y salió de casa. Tenía la intención de averiguar algo sobre aquellos hechos de los que hablaba su abuela en ese papel escondido durante décadas en una caja de música. Quería saber si podía dar veracidad a aquella historia o si simplemente su abuela gozaba de una adolescencia cargada de imaginación, que en algún momento la debió de abandonar.

Lo cierto es que no sabía ni por dónde empezar, no había demasiadas pistas. Sin embargo, ese pequeño relato mencionaba un cementerio prohibido. Enrique no había oído hablar de ningún otro cementerio que no fuera el de Can Quet, el único que había en la villa. Así que se dirigió al ayuntamiento para saber si en 1883 existía algún otro, y en tal caso, por qué era un lugar prohibido.

Al llegar, enseguida lo atendió un hombre de unos cincuenta años, muy pequeño, de pelo cano, pero con un prominente bigote negro ligeramente amarilleado por el tabaco negro que fumaba. Aquel hombre lo miró por encima de las gafas a través de sus ojos pequeños, escondidos bajo unas pobladas y canosas cejas. Parecía muy sorprendido cuando Enrique le preguntó por un cementerio anterior al de Can Quet.

—Y usted, joven, ¿para qué quiere saber eso? —preguntó mientras entraba en una pequeña habitación del Archivo sin mostrar demasiado interés en una posible respuesta por parte de Enrique. También es cierto que él tampoco tenía ningún interés en dar explicaciones.

Al salir, aquel hombre llevaba una hoja en sus manos. Era un documento donde aparecían los diferentes cementerios que habían existido en Esparreguera con el paso de su milenaria historia. Sin embargo, aquel hombre no tenía constancia de que ninguno de ellos hubiera sido un lugar prohibido.

—¿Prohibido? ¿Por qué debería estar prohibido el acceso a un cementerio? —preguntó sin quitarse el cigarrillo de los labios. Enrique se encogió de hombros. Realmente no tenía una respuesta.

—Se lo devuelvo en un santiamén —dijo con el documento en alto, encarándose hacia la puerta de salida, bajo la mirada desconfiada de aquel hombre.

Al salir del ayuntamiento, no esperó ni un segundo a revisar el documento. Se sentó en uno de los bancos de piedra de la plaza sin sacarle los ojos mientras lo hacía. Su sorpresa fue que no hubo solo un cementerio, en el siglo XIX. En realidad, había cuatro. El cementerio de Santa María del Puig, el cementerio Parroquial, el Clos del Consulat y el cementerio de la calle del Hospital. Enrique recordó que hacía muchos años, en la escuela, el maestro les había explicado que antiguamente era habitual encontrar cementerios junto a las iglesias. Esto explicaría por qué Santa María del Puig y la iglesia de Santa Eulalia tendrían uno tocando los laterales de sus muros.

Cada uno de los cementerios que constaban en la lista llevaba una pequeña explicación de su historia que a Enrique le pareció muy útil e interesante. Anotó en la libreta toda la información que pudo extraer, haciendo un croquis más personal y comprensible para sí mismo. Su objetivo era situarlos en el tiempo y averiguar cuál de ellos sería el cementerio prohibido que mencionaba su abuela.

El primero era el cementerio de la iglesia de Santa María del Puig, la antigua parroquia de Esparreguera, y tenía el núcleo de la población a su alrededor, hasta que fue bendecida la nueva iglesia de Santa Eulalia. Esta se situó a mucha distancia de Santa María. De hecho, el pueblo entero ya se había desplazado anteriormente en la zona donde se construyó el nuevo templo, por lo que sus habitantes debían andar varios kilómetros para asistir a misa antes de su construcción. Además, los terremotos sucedidos en el siglo xv dejaron el edificio muy deteriorado, por lo que fue perdiendo importancia.

Santa María del Puig era la parroquia del antiguo castillo de Esparreguera, hoy casi desaparecido. El documento señalaba que el cementerio en cuestión se encontraría próximo a la pared del mediodía. Parece ser que recibió un incremento de fieles en el siglo xix, dado el aumento de recién llegados a la Colonia Sedó, colonia textil que se construyó muy cerca de aquel lugar de culto. Sus habitantes fueron enterrados allí hasta finales de este mismo siglo.

El segundo de la lista era el cementerio de la iglesia de Santa Eulalia. A Enrique siempre le impresionó aquel edificio del gótico tardío. Sin duda el más emblemático de la ciudad. Según el documento, el emplazamiento donde antiguamente estaba el cementerio se encontraba en el lateral de la nave, donde hoy se encuentra la plaza de Santa Eulalia. Todo hace pensar que acogió los restos de los esparreguerinos durante siglos.

El tercer cementerio de la lista era el de la calle del Hospital. El motivo de su construcción sería el mismo que el de los descritos anteriormente. Al parecer, el antiguo hospital hacía las funciones de asilo municipal en tiempos de pobreza y de primeros auxilios en tiempos previos a la invención de la penicilina. Dispondría de su propia capilla, y también de su pequeño cementerio, que se encontraría en el patio o en el huerto. Este cementerio estuvo en servicio hasta el año 1835, pero tampoco había constancia de la fecha exacta de su desaparición.

Finalmente, la lista hablaba del cementerio del Clos del Consulat. Parece que se hallaba situado en el extrarradio. Construido en 1836, después de los

desbarajustes de la Guerra de la Independencia, cuando el Ayuntamiento pensó en el traslado del cementerio. Su caso es el más curioso, ya que fue clausurado en 1884. Eso significa que funcionó durante menos de cincuenta años. Enrique cayó en un dato curioso: los cuatro desaparecieron durante el siglo XIX, pero no había referencias del motivo en ninguno de los casos.

Este dato llamó la atención de Enrique, y le llevó de nuevo a preguntar a aquel funcionario bigotudo en el momento de devolverle el documento.

—¡Mira por dónde! Porque eran muy viejos e hicieron uno nuevo —espetó. Enrique abandonó el ayuntamiento acompañado de nuevo por la atenta mirada de aquel hombre, que más que fumar, parecía que masticaba el cigarrillo. No parecía muy acostumbrado a recibir visitas. Lo cierto es que parecía muy difícil averiguar cosas del pasado en Esparreguera. Los diferentes archivos del ayuntamiento o los eclesiásticos quedaron prácticamente destruidos en las diferentes guerras en que la villa se vio inmersa. Así, las guerras carlistas, la Guerra del Francés o la Guerra Civil convirtieron en cenizas gran parte de su historia documentada. Enrique se dio cuenta de que todo sería mucho más complicado de lo que podía imaginar en un principio. Pensó que si quería encontrar respuestas debería hablar con la gente más mayor del pueblo. Normalmente, las historias corren de boca en boca con el paso de las generaciones y a falta de documentos parecía la mejor opción. Así pues, decidió investigar allí donde residen las experiencias más longevas del pueblo: la residencia de ancianos.

### 3

Una ducha caliente después de la dura jornada de trabajo era uno de los mejores momentos del día para Enrique. Le gustaba mirar como el agua le arrancaba el barro del cuerpo y acababa engullido por el agujero de la bañera. No podía evitar recordar aquella película de terror tan famosa. Oyó el ruido de la tostadora mientras se ponía la chaqueta. Cogió la tostada y se la puso entre los

dientes mientras encajaba los brazos en las mangas. No quería perder ni un segundo. Sabía que los ancianos de la residencia cenaban muy temprano.

Al llegar, golpeó la puerta con la misma intensidad que el corazón le latía de emoción, pero esta se diluyó de golpe cuando abrieron. Su primera sensación fue de una tristeza de la que se contagió prácticamente sin darse cuenta. Todas aquellas almas, arrastrando sus envejecidas corazas, parecían esperar que se les apagara la luz con resignación. Como si lo único que les quedara ya por hacer fuera atravesar el puente que los lleve a otra vida, donde posiblemente recuperarían la fuerza y la plenitud que el tiempo les había robado lentamente. Él no concebía aquella situación con normalidad. Había visto a sus padres cuidar de sus abuelos hasta la muerte. Accedió al interior con el pretexto de que tenía que hacer un trabajo de historia para la universidad. De todas formas, no parecía que a la cuidadora le estorbara su presencia. Probablemente, porque aquellos ancianos recibían menos visitas de las que querrían en realidad. Cualquier distracción o posibilidad de sentirse útiles les iría muy bien.

No tardó en entablar conversación con un entrañable grupo de ancianos que aún conservaban la capacidad de razonar, y que solían agruparse en el jardín de la casa. No esperó a un tema de conversación que fuera propicio para preguntar por el cementerio que su abuela mencionaba en su relato. Sin embargo, solo algunos de ellos recordaban haber oído hablar de un antiguo cementerio desaparecido hacía muchos años. O tal vez solo era la necesidad de disfrutar de la compañía de quien estuviera dispuesto a escucharlos. No quería dejarse ningún detalle que pudiera ayudar, así que les preguntó si conocían historias de miedo que hubieran podido escuchar durante su infancia. El problema es que entre ellos no había ninguno que llegara a los setenta años. La fecha de la carta de su abuela les quedaba todavía un poco lejos. Cuando creyó que no había nada más a exprimir sobre las memorias de aquellos ancianos, se acercó a un grupo de gente más reducido, pero de edad más avanzada. Eran los pocos octogenarios que había en el centro, y al escuchar las preguntas indiscretas de Enrique parecía que sentían una cierta exaltación a través de aquellas miradas perdidas. Sobre todo, cuando les preguntó por historias de seres que despertaban de su propia muerte.

De todos modos, era prácticamente imposible sacarles una sola palabra, sobre todo a la señora Francisca, que se santiguó y dio tres besos a la cruz que llevaba colgada al cuello. La peor reacción, sin embargo, la tuvo una mujer que debería

tener casi noventa años. Parecía una de las almas más solitarias que residían entre aquellas paredes. De hecho, ni siquiera parecía estar escuchando cuando Enrique hablaba con el resto de los ancianos. Tenía una larga cabellera blanca y rizada, y un rostro muy bien conservado a pesar de las arrugas a través de las cuales, el tiempo dejaba constancia de su paso. Mientras Enrique hablaba, ella tenía la mirada perdida en algún lugar vacío. De repente y sin saber por qué, empezó a gritar y gemir como si fuera una niña pequeña. Enrique no sabía por qué había reaccionado así, pero le pareció que aquellos gritos eran de auténtico terror. Las cuidadoras se la llevaron a algún lugar del recinto entre dulces palabras para que se calmara:

—Tranquila, Gina, que estamos aquí para ayudarla —decían, mientras algunos ancianos se burlaban y se tocaban la cabeza con el dedo índice como si aquella mujer no estuviera del todo cuerda.

—No sufras, chico, que no es culpa tuya. Esta vive en su mundo desde que era muy pequeña. Dicen que con cinco años dejó de hablar y no ha vuelto a decir una sola palabra en toda su vida —decía con una sonrisa desdentada uno de los primeros ancianos con los que había hablado hacía un rato.

Enrique pensó que era una auténtica lástima que los únicos ancianos de más de ochenta años, como Gina, se encontraran en un estado de salud tan lamentable. Seguramente habrían podido ayudarle mucho unos años atrás, pero en ese momento parecía imposible sacar información de sus recuerdos. Tenían afectada incluso la capacidad de hablar. Se disponía a marcharse, no sin un cierto remordimiento de conciencia por haber hecho llorar a esa anciana, pero lo cierto es que su curiosidad empezaba a ir en aumento.

Entonces, cuando estaba ya cerca de la puerta de salida, vio a aquel hombre. En un rincón, sentado en el umbral de la muerte y desafiándola con la misma firmeza con la que debió haber vivido toda su vida. Tendría más de cien años y el rostro marcado por una larga vida; su mirada parecía clavada en la chimenea, que tenía pinta de llevar años sin funcionar. No parecía necesario, el fuego lo tenía él en la mirada. Si había un resquicio de realidad en las palabras de la abuela de Enrique, aquel hombre tenía que saber algo. Él ya debía ser un hombre adulto cuando ella desplegó aquellas palabras en tinta. Después de que la cuidadora le diera su nombre y le confirmara que mantenía su mente cuerda, se acercó a él con

un respeto muy superior al que había tenido con el resto de los ancianos de forma inconsciente.

—Señor Domènech —dijo titubeante—. Me llamo Enrique.

En ese momento, Enrique se dio cuenta de que le faltaba el brazo izquierdo. El anciano ni siquiera lo miró, así que decidió ir al grano.

—Mire, he encontrado una carta escrita por mi abuela hace muchos años. Es un relato que habla de vampiros. ¿Conoce usted historias de vampiros?

En ese momento captó su atención, concediéndole una mirada tan dura que haría retroceder a los demonios más atrevidos de nuevo al infierno. En esa mirada no se leía el miedo de la señora Francisca ni del resto de ancianos. Era como si aquel hombre ya hubiera desafiado a la muerte en innumerables ocasiones y la hubiera mirado directamente a los ojos.

Solo por un instante y después de observar a Enrique durante unos segundos, cambió su expresión rígida para decirle en un tono condescendiente:

—Hay cosas que es mejor no llegar a conocer nunca, jovencito.

Una chispa de emoción empujó Enrique a formular una segunda pregunta.

—¿Es posible que existiera un cementerio prohibido aquí en nuestro pueblo?

—Lo fue durante un tiempo. Después desapareció —respondió con mucha lucidez para haber superado una centuria.

—Pero en el ayuntamiento no tenían constancia de que hubiera ningún cementerio prohibido.

—¿El Ayuntamiento...? ¡Qué sabrán, ellos! —respondió.

—¿Y dónde estaba ese cementerio?... Tengo entendido que existieron unos cuantos antes del actual.

El anciano arqueó una ceja y le miró fijamente durante unos segundos infinitos, como si pudiera leerle la mente. Tanto que Enrique se sentía ligeramente intimidado. La sonrisa de aquel hombre se arrugó para responder con un tono misterioso:

*Plegarias que buscan su consuelo.*

*Un abrigo de piedra en calma*

*inicia la ascensión del alma,*

*gritando sus campanas al cielo.*

—¿Habla del cementerio parroquial? El que se encontraba en la plaza de Santa Eulalia... No, espere, a finales del siglo XIX ya hacía mucho tiempo que debía estar en desuso, si es que no había desaparecido ya. El campanario... debe ser el de Santa María del Puig, la antigua iglesia del pueblo.

—Enrique estaba seguro de haber acertado. El abuelo Pío parecía satisfecho con su respuesta y en un tono más amable le dijo:

—Eres un chico muy listo, pero lo que es más importante es que puedo ver la pureza de tus intenciones.

—¿Por qué era un lugar prohibido? —dijo sin saber muy bien a qué se refería con aquello de sus intenciones—. Por favor, señor Domènech —continuó Enrique—, es importante para mí saber si lo que escribió mi abuela era real. Ella nunca inventaba historias, y mucho menos de este tipo. Además, sé que su abuelo murió un 31 de octubre, porque siempre me contaba que cada aniversario de su muerte iba a visitar su sepulcro. Mi abuela quería muchísimo a su abuelo —dijo tras una pausa—. Tanto como yo a ella. Pero no habló nunca de cementerios prohibidos, ni de vampiros. En realidad, ni siquiera supe dónde estaba enterrado su abuelo. Sinceramente, tampoco me lo había planteado. Señor Domènech, ¿qué había allí en el Puig?

Su rostro parecía más tenso, y con una mirada rígida respondió:

—¿Estás seguro de que quieres conocer el pueblo desde sus entrañas? — Enrique asintió con la cabeza—. Está bien, joven, pero vigila cada paso que des a partir de ahora. No te fíes de nadie. Toma, coge esto —dijo pidiendo que le sacara un anillo blanquecino de la mano—. Te protegerá.

Enrique no sabía qué quería decir, ni tampoco por qué le daba aquel extraño anillo. Pero no se atrevió a preguntar nada. De hecho, estaba consiguiendo su objetivo.

—Ahora escúchame bien —dijo Pío mientras parecía entrar en los rincones más escondidos de su propia alma.

*Murió allí, en el desfiladero;  
o quizá el mal cobrara vida.*

*Nacido en las llamas de Lucero  
todos temieron su mordida.  
Obcecado el pueblo guerrero,  
rugió por la sangre vertida.  
Castillo hogar del guerrero  
historia nuestra ya perdida.*

El abuelo Pío se detuvo en seco, y Enrique apuntaba en su libreta tan rápido como podía, sin entender nada.

—¿Castillo?... ¿Qué castillo...? —dijo repitiendo una de las palabras que más le había llamado la atención.

—Las ruinas del castillo que reina invisible sobre el punto más antiguo de la villa —dijo con una energía envidiable—. Allí es donde se ocultaba el mal.

—¿Dónde tengo que ir para encontrar respuestas? —preguntó Enrique intentando sacar un rayo de luz. La expresión de la cara le cambió, volviéndose algo menos feroz:

*Montserrat, luz de venganza,  
el payés sobre la huerta.  
Siempre alerta, es su fianza,  
toda una familia muerta.  
Ruge al cielo con su lanza,  
el guerrero que despierta.*

Su enorme mano cogía con fuerza un bastón que temblaba con los recuerdos.

—Señor Domènech, ¿por qué no está con su familia? ¿Es que no tiene, tal vez? —preguntó sintiendo mucha lástima de ver aquel hombre atrapado entre aquellas paredes.

—No, en la matanza..., en la matanza de la calle Madoz, ellos...

Sin darse cuenta, la demencia senil le borró las palabras y también la mirada. Por suerte, a Enrique le había dado tiempo a apuntar todo aquello que le había dicho, aunque no sabía si tenía algún sentido. En tal caso no tenía ninguna

intención de rendirse. Era consciente de que aquel hombre sabía muchas más cosas y su objetivo era conseguir que se las explicara.

## 4

Enrique se levantó temprano un sábado de marzo para ir a trabajar. Había decidido volver al centro, cuando hubiera finalizado su horario laboral al mediodía. La jornada fue dura, pero finalmente el campanario anunció las dos en punto de la tarde, así que se fue de la alfarería del Forn de l'Estanc, donde trabajaba.

—¡Sí que tienes prisa por irte! —le dijo su maestro, Pepe Vidal.

—Sí, hoy sí, ya le contaré —le dijo caminando hacia atrás en dirección a la salida, mientras Pepe le hacía un gesto con el brazo, como si le importara un rábano, mientras masticaba un palillo como era habitual en él. Lo cierto es que Enrique y tantos otros le debían mucho al señor Vidal. Le dio trabajo cuando las cosas estaban difíciles y le enseñó el oficio de alfarero, muy popular a lo largo de los siglos en la villa de Esparreguera.

Al llegar de nuevo y llamar a las puertas de la casa, comenzó a levantar las plantas de los pies de forma alterna inconscientemente. Como si pretendiera empezar a andar antes de que abrieran para no perder ni una décima de segundo.

—¿Más preguntas para el trabajo de la universidad? —preguntó la cuidadora al abrir la puerta mientras observaba las manos manchadas de barro de Enrique—. Si tú lo dices..., pero me parece que deberás compartir el aprobado con los abuelos de la casa. ¿No te parece? —dijo guiñándole un ojo.

—Sí, bueno, hoy solo me interesa hablar con Pío Domènech.

—¿Pío...? —dijo oscureciendo la sonrisa hasta diluirse—. Vaya, lo siento. Llegas tarde, chico. Pío murió ayer de madrugada.

Enrique se quedó un momento helado, no sabía qué decir.

—¿De verdad...? Vaya... —acertó a vocalizar al fin—. Pues bien, siendo así será mejor que me vaya.

En ese momento Enrique pensó que no tendría una segunda oportunidad. Pío había muerto, y se había llevado con él todos los secretos que escondía bajo su

mirada de hierro. Se disponía ya a abandonar la casa cuando la enfermera lo llamó desde la otra punta de la sala.

—Espera, muchacho... —dijo acercándose a Enrique—, casi me olvido. Pío dejó esto para ti.

—¿Para mí? —reaccionó muy sorprendido—. ¿Seguro que no se equivoca? Mire que yo no soy familia. Yo solo...

—Claro que no. Ni tú ni nadie. Pío no tenía familia. Él sabía que volverías y dejó muy claro que te lo teníamos que dar a ti y solo a ti. Era muy terco, ¿sabes?... Pobrecito —dijo con un tono más nostálgico—. Era como si supiera que había llegado su hora.

La enfermera puso sobre las manos de Enrique un pequeño cofre de madera pintado de color negro. Parecía muy antiguo. La parte metálica que lo rodeaba y el mecanismo de apertura eran dorados. Al abrirlo vio que el interior estaba forrado con un suave tejido rojo. Dentro había una llave de hierro pequeña que pesaba bastante para su tamaño.

—¿Pero de dónde es esta llave? —preguntó a la cuidadora.

—¿A mí me lo preguntas? —dijo encogiéndose de hombros—. Pero si ese hombre no contaba nada. He coincidido con él los diez años que llevo trabajando aquí y prácticamente no sé nada de su vida. Así que si tú no lo sabes... —decía mientras Enrique miraba con atención aquella llave.

En realidad, Enrique no sabía qué pensar. En ese momento tenía en sus manos una misteriosa llave que no sabía ni siquiera qué podía abrir. Por otra parte, Pío le había dejado un montón de frases perdidas. Lo que más le llamó la atención fue lo de «la matanza de la calle Madoz». Enrique estaba convencido de que Pío debía tener alguna razón para dejarle todo esto.

Enrique era consciente de que la inspiración es una bendición que no siempre está dispuesta a visitarnos. Se necesitan encontrar unas condiciones idóneas para conseguirla, pero a veces, aparece por capricho para dar lumbre a nuestra mente y, de repente, aquello que era oscuro se ve con claridad. Esto mismo es lo que le pasó a Enrique una tarde mientras se encontraba inmerso en sí mismo, leyendo una y otra vez aquellos pareados que no parecían decir nada. Su propia concentración lo tenía ausente en aquella habitación estrecha, pero de techos altos, donde el aire le traía una fragancia primaveral a través de los ventanales. En un movimiento inconsciente hizo correr el bolígrafo con la mano sobre su libreta de arriba abajo. En algún momento, su cerebro recibió la información de que aquellas letras tenían un sentido.

Enrique dio un salto de la silla visiblemente emocionado. Leyó el resto de los pareados del abuelo Pío, y comprobó que aparentemente también decían algo. Todo ello había dado un giro de ciento ochenta grados y parecía que el viento soplaba a su favor. El abuelo Pío parecía haberle dejado un mensaje oculto. Enrique se dio cuenta de que las primeras letras de las palabras que inician cada una de las frases podían decir algo:

<i>Murió allí, en el desfiladero;</i>	<i>Montserrat, luz de venganza,</i>
<i>o quizá el mal cobrara vida.</i>	<i>el payés sobre la huerta.</i>
<i>Nacido en las llamas de Lucero</i>	<i>Siempre alerta, es su fianza,</i>
<i>todos temieron su mordida.</i>	<i>toda una familia muerta.</i>
<i>Obcecado el pueblo guerrero</i>	<i>Ruge al cielo con su lanza,</i>
<i>rugió por la sangre vertida.</i>	<i>el guerrero que despierta.</i>
<i>Castillo hogar del guerrero,</i>	
<i>historia nuestra ya perdida</i>	

*Montorch y Mestre.* Enrique estaba seguro de que era una pista, ya que cuando le preguntó por la ubicación del cementerio, el abuelo incurrió en el mismo juego, dándole la ubicación exacta:

*Plegarias que buscan su consuelo.*

*Un abrigo de piedra en calma*

*Inicia la ascensión del alma,  
gritando sus campanas al cielo.*

*Puig.* Sin duda se refería a Santa María del Puig: la antigua parroquia del pueblo hasta la construcción de la iglesia de Santa Eulalia. Enrique no sabía qué quería decir el abuelo Pío con las otras dos palabras. Pero lo cierto es que necesitaba cerrar los ojos y descansar. El día en el trabajo había resultado largo y agotador.

## 6

Durante la noche del 21 de abril llovió con fuerza, y las calles nubladas se bañaban en unos enormes charcos que a Enrique le costaba sortear en su camino al ayuntamiento. Pensaba volver a buscar pistas con la nueva información de la que disponía. Sus preguntas cayeron en un agujero negro. No había información al respecto en los archivos, pero aquel funcionario bigotudo, al ver el interés de Enrique en averiguar cosas del pasado, le habló de un hombre que podría ayudarle a resolver algunas de estas incógnitas. Se trataba del señor José Puig i Jorba. El señor Puig era un hombre que había dedicado su vida a coleccionar objetos antiguos. Objetos que sacaba de las ruinas de los lugares más emblemáticos de la ciudad, de las obras que se producían cuando alguien levantaba el subsuelo, de aquellos elementos arquitectónicos que acababan destruidos por diferentes circunstancias. Es decir, de todo aquello que para el resto no era más que escombros, él hacía una pieza de colección.

Enrique llamó a la puerta de su domicilio. Enseguida le abrió el señor Puig, que al oír la petición de Enrique accedió sin dudarle. La casa era muy antigua y estaba rellena de objetos de decoración tales como cerámica, metal de la Guerra Civil, una colección envidiable de fotografía retrospectiva de la villa y mucho más. Hacía pocos segundos que Enrique había puesto los pies en aquella casa, y enseguida pensó que la visita sería muy provechosa. No era difícil darse cuenta de que, de no ser por aquel hombre, gran parte de toda aquella historia se habría perdido.

—Señor Puig, ¿puede hablarme de los castillos de Esparreguera y de las Espadas? Si le soy sincero yo ni siquiera sabía que existían hasta hace poco—dijo Enrique admirando la figura metálica de un Rey Mago de Oriente con una ranura para introducir las cartas de los niños que los esperaban con ilusión en el siglo XIX.

—Es muy común entre los habitantes de Esparreguera creer que había un castillo ubicado en la zona que se llama la explanada del Castillo —dijo tomando asiento en un sillón de lectura que parecía muy cómodo—. Tal es así, porque allí están los restos de una torre de vigía romana, y la gente cree que son los restos de un castillo. Pero aquella zona se llama el Castillo porque el propietario de aquellas tierras tenía el apellido de Castillo. En realidad, los dos castillos que existieron en Esparreguera se encontraban a derecha e izquierda del río Llobregat, sobre el desfiladero del Cairat.

Ambos castillos fueron construidos con un objetivo: la lucha contra los sarracenos y defender la Marca Hispánica. La señoría y jurisdicción de ambos castillos estuvo siempre ligada —el señor Puig hablaba con auténtica pasión—.

Ambos castillos se encuentran documentados por primera vez en el año 985, en un documento donde el caballero Guillermo de Esparreguera, al que los moriscos le habían secuestrado a su esposa Emma durante el asalto de Al Mansur, los entregó a la sede de Vic, al unirse a la batalla junto al conde Borrell II. Aunque, seguramente, los dos castillos habrían sido construidos mucho antes. En aquella época la disposición estratégica que cubrían debía ser de gran importancia. Más adelante, cuando la frontera se trasladó al Gaià a finales del siglo X, y por lo tanto ya no se encontraban en la primera línea de conflicto, perdieron parte de esta importancia estratégica y se convirtieron en castillos de retaguardia —se detuvo un instante para beber agua y continuó—. La Abadía de Montserrat conservó la propiedad durante siglos hasta que se produjo la excomunión y extinción de las señorías eclesiásticas.

Enrique escuchaba con atención, pero tenía la habilidad de no fijar la atención en un solo punto. Mientras el señor Puig hablaba, observaba su alrededor y analizaba con detalle todo lo que le llamaba la atención. En aquella casa había muchas cosas que valía la pena contemplar. Lo que más le sorprendió es que el señor Puig conservaba en un estante un pedazo de piedra rojiza donde se podían leer las letras *TO*.

—¿Qué es eso, señor Puig? —preguntó cuando había terminado de explicarle la historia de los castillos.

—Bueno, eso lo desenterré de la zona donde estaba el antiguo cementerio del Puig. Es un pedazo de una antigua tumba. En un primer momento Enrique noató cabos, pero cuando llegó la hora de preguntar si conocía el significado de la palabra Montorch, este respondió con muy poca seguridad por primera vez:

—Creo que se trataba de un noble que vivió hace muchos siglos en el castillo de Esparreguera. O tal vez era un castellano, es decir, el señor de un castillo, pero esta información me ha llegado de palabra. No dispongo de documentos que hablen de ello. He oído decir que había un documento que hacía mención sobre él, pero yo ni siquiera lo he visto. Debió quedar destruido durante la Guerra Civil. Lo más curioso, sin embargo, es que mientras pronunciaba estas palabras se alzó del sillón y le dio la vuelta al trozo de lápida, de modo que no se pudieran leer las dos letras *TO*, en las que Enrique había fijado previamente.

—Mira esto —dijo el señor Puig acercándole un libro del estante—. Si quieres información más detallada de los castillos la encontrarás aquí. Enrique comenzó a observar con atención, mientras el señor Puig le comentaba el contenido casi de memoria.

—El castillo de Esparreguera está situado en la orilla derecha del Llobregat. Solo se ha conservado un resto de muro de estilo románico que correspondería a la pared de una estancia. No encontrarás mucha más información al respecto. Incluso algunos creen que el muro conservado podría ser un fragmento de muralla defensiva, que por otra parte eran muy propias en la época en la que se construyó el castillo, pero yo te puedo descartar esta posibilidad. El castillo había estado bastante bien conservado, hasta al menos el siglo xv. Probablemente los terremotos producidos ese mismo siglo y los acaecidos en el siglo xviii lo dejaron muy dañado. Posteriormente, con la construcción de la Colonia Sedó los habitantes quizás aprovecharon las mismas piedras del castillo para construir zanjas. Supongo que si las tenían allí pensaron que por qué tenían que ir a buscarlas a otra parte.

En 1942, en el lugar donde se levantaba el castillo, se construyó un depósito de agua, justo detrás del único muro conservado. Al contrario de lo que piensan muchos, no se destruyeron los restos con esta nueva construcción, ya que en ese momento no quedaba nada en pie salvo dicho muro, lo cual no significa que

tuvieran poca conciencia histórica en levantar el depósito en aquel lugar. Y, más aún, teniendo en cuenta que en la excavación sobre el suelo donde se levantaba el castillo salieron varias piezas de cerámica datadas del siglo xv, que por suerte pude encontrar y conservar. Son las que puedes ver en esa vitrina —dijo guiñándole el ojo—. También conservo un lienzo anónimo de la zona del Llobregat donde hoy está la colonia en el que aparece dibujado el castillo. Este lienzo del siglo xviii podría ser el único testigo de lo que fue la fortificación, antes de que desapareciera casi por completo. Por si fuera poco, también destruyeron con la construcción del depósito contra incendios (que por cierto nunca se usó) un silo de piedra que apareció con las excavaciones. Yo lo vi con mis propios ojos. No es extraño que estuviera allí, ya que prácticamente todas las construcciones de aquella época tenían uno para guardar alimentos como cereales y otros.

Las piezas de cerámica encontradas detrás del muro, el silo aparecido en la excavación y el dibujo sobre el lienzo reafirman el hecho de que el castillo debía encontrarse en este emplazamiento. Por tanto, el muro románico conservado no constituiría ninguna muralla defensiva. Además, sobre el lienzo no aparece dibujada ninguna muralla alrededor del castillo. El señor Puig giró la página en la que estaba la información del castillo de las Espadas.

—¿Lo ves? —dijo señalando la fotografía de una construcción que se encontraba en lo alto de un cerro—. Este es el castillo de las Espadas y estaba situado al otro lado del Llobregat, aunque mucho me temo que no queda prácticamente nada. La única construcción original son los restos de una pared que sigue el perfil superior de una peña y parte de una torre. También se conserva un muro románico. El castillo se levantaba empotrado sobre una roca en lo alto de un acantilado. Disponía de una visión estratégica excelente. Desde allí custodiaba el bienestar del pueblo en compañía de la montaña de Montserrat y de sus mágicos parajes.

Enrique, sin embargo, recordó que el abuelo Pío había señalado el castillo de las Espadas como el nido del mal. En cambio, el libro decía que el castillo de Esparreguera ganó importancia en detrimento del castillo de las Espadas a partir del siglo xii. Sencillamente era más apto para una vida señorial. Más grande y con una accesibilidad mucho más fácil. Parecía que el castillo de las Espadas, al no servir ni para los señores ni como elemento de defensa quedó en desuso. Eso sí,

su capilla comenzó a ganar importancia, hasta el punto de conocer el conjunto de la construcción como la ermita de San Salvador de las Espadas.

Enrique daba vueltas a la nueva información y también a la anterior, y un montón de preguntas lo invadieron en pocos segundos. ¿Por qué Pío ubicó el personaje de Montorch en el castillo de las Espadas? ¿Qué hacía un noble, en un castillo en ruinas, donde solo se conservaba la capilla? ¿No tenía más sentido pensar que los antiguos documentos no se equivocan en ubicar la residencia del noble en el castillo de Esparreguera?

La segunda pista del abuelo Pío era la palabra *mestre*, que significa *maestro* en catalán. En ese momento Enrique no sabía a qué podía hacer referencia. Pero por primera vez un rayo de luz iluminaba aquel camino que parecía escondido entre matorrales de historia.

## 7

Enrique caminaba por la calle Grande a paso ligero. Se había levantado muy temprano para ir a comprar el pan y otros víveres a la tienda del señor Llaser. Tenía unos garbanzos deliciosos. Era una mañana fresca, pero allí donde los rayos de sol iluminaban se podía notar como la primavera comenzaba a despertar. Al pasar por delante de la calle del Taquígrafo Garriga, algo le trajo el sonido de la voz del abuelo Pío como si fuera un eco en su interior. «La matanza de la calle Madoz».

La calle de Pascual Madoz es la actual calle del Taquígrafo Garriga. Este hecho era conocido por Enrique dado que solo hacía unos veinte años que había cambiado de nombre y la gente mayor todavía la llamaba Madoz. Se preguntaba qué querría decir Pío con lo de la matanza. Enrique observaba la normalidad de la calle desde el chaflán. Una mujer en bata barría el portal y la parte de la acera que había delante de su casa, dos hombres hablaban de fútbol a pocos metros de él; cosas cotidianas. Se preguntaba qué secreto podía ocultar aquella calle.

Enrique sabía que la calle Madoz ya existía a mediados del siglo XIX, así que sus casas más antiguas estarían ya de pie en aquella época. Por este motivo

decidió quedarse a los pies de aquella calle y buscar pistas, testigos o indicios que pudieran ayudarle. Su idea era intentar hablar de nuevo con la persona más anciana o, cuanto menos, la que llevara más tiempo viviendo allí. «¿Por qué no? Si hasta ahora había funcionado», pensó.

Lo cierto es que esta vez los acontecimientos empezaban a ponerse de cara. La señora Dolores vivía en esa calle, y justamente tenía la puerta abierta. Enrique la conocía desde pequeño. Se puso muy contenta al verlo. Con la madre de Enrique habían sido muy amigas y ahora él era el único recuerdo de aquella amistad que Dolores añoraba. Le invitó a pasar para tomar café y pastas. Enrique tenía suficiente confianza con ella para no tener que esperar el momento oportuno para empezar a preguntar.

—Dolores, por casualidad, ¿sabe quién es la persona que lleva más tiempo viviendo en esta calle?

—Si claro, es la señora Herminia sin lugar a duda.

—¿Herminia? —dijo levantando los párpados con la taza de café entre las manos—. Dígame, ¿qué edad debe tener más o menos?

—Tendrá cerca de noventa años.

Un soplo de emoción y su torpeza, le hicieron verter medio café por encima de los pantalones.

—¡Caramba, cómo quema! —dijo levantándose de la silla—. Dolores, ¿dónde vive esta señora? Quisiera hacerle algunas preguntas que solo ella me puede responder —preguntó mientras Dolores intentaba quitar la mancha del pantalón con un trapo húmedo.

—Lo siento, Enrique, pero Herminia ya hace años que no sale de casa. No sé si está en condiciones de contestarte a nada. Lo que sí sé es que ahora la cuida Marina, su sobrina. Parece una chica encantadora, pero no la conozco demasiado.

—Ya..., ¿y dónde me ha dicho que vive? —preguntó sabiendo de sobra que no se lo había dicho todavía.

—Es la casa más antigua de la calle. La primera casa que hace esquina con la carretera nacional.

Enrique se despidió poco después de Dolores y sus azucaradas pastas, y se dirigió a la casa que le había indicado. La casa era realmente muy antigua, como la mayoría de las casas de esta calle. No había timbre, así que llamó a la puerta

dos veces con los nudillos. El repique de los golpes sonaba vacío. La casa debía de ser muy grande.

Tardaron bastante en abrirle la puerta, pero Enrique esperaba pacientemente porque se escuchaba ruido en el interior. Cuando abrieron, su mirada impactó con la de una joven de pelo liso y rubio. Tenía unos ojos marrones rasgados preciosos que parecían capaces de congelar el mismo infierno. Enrique se quedó inmóvil durante un instante. A esa joven de piel blanca y poca altura se le escapó una sonrisa tímida mientras esperaba las primeras palabras de Enrique que parecía embelesado. Pensaba para sí mismo que tal vez Dios le había dibujado la sonrisa de los ángeles para que el resto pudiera saber cómo son en realidad.

En realidad, no iba vestida muy elegante. Llevaba una bata a rayas blancas y azules, muy propia de las tareas domésticas, y el cabello atado con una coleta, pero Enrique no había tenido antes esa sensación de nervios irracionales. En primer lugar, se presentó ofreciéndole la mano. Notó un cosquilleo en el estómago que le era deliciosamente desconocido cuando contactó con aquella piel suave como la seda. Enrique no sabía por qué, pero creyó que ella tuvo una sensación similar cuando sus miradas se encontraron por primera vez. Sin saber cómo, la sonrisa de aquella joven hizo que todo lo que la rodeaba se volviera de color gris. En ese instante Enrique olvidó incluso lo que le había llevado a aquella casa. El abuelo Pío, los vampiros... El mundo entero se había situado a la sombra de aquella joven.

—Yo... quisiera hacer algunas preguntas si no les sabe mal. La joven no pudo desconfiar de él. Lo hizo pasar al recibidor donde había la fotografía de una pareja y una niña. La niña era aquella joven sin lugar a duda. Los ojos no le habían cambiado.

—Adelante —dijo haciéndolo pasar al comedor.

—Muchas gracias. No quiero molestar, pero creo que en esta casa pueden ayudarme. En concreto quisiera hablar con la señora Herminia. La joven le indicó que se sentara y sirvió galletas y café. Enrique no sabía exactamente cómo las podría digerir. En casa de Dolores ya se había hartado. Se fijó en que los muebles de la casa eran muy antiguos, tanto como la misma casa; todo excepto un timón de madera que colgaba de la pared y que no concordaba con el resto del mobiliario. Estaba claro que quien lo había colgado debía tenerle estima.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos visto nunca por el pueblo? —preguntó Enrique en un momento en que ya hacía rato que se lo preguntaba a sí mismo.

—Salgo muy poco de casa. El estado de salud de mi tía es muy precario y soy lo único que le queda en este mundo. Me llamo Marina.

—Mucho gusto, Marina, yo me llamo Enrique. Los jóvenes hablaron durante un buen rato en el que la conversación fue sorprendentemente fluida. Como si no fuera el primer día que hablaban. Enrique se habría quedado hablando con ella todo el día, pero en un momento llegó la pregunta que lo devolvería a la realidad forzosamente.

—Dime, ¿en qué te puede ayudar a mi tía?

A Enrique no se le pasaba por la cabeza hablarle de vampiros a Marina. Así que esquivó el tema como pudo.

—Pues, estoy haciendo una recopilación de datos históricos del pueblo. Esto me lleva a hablar con las personas más ancianas. Ya sabes, son las que han vivido más. ¿Podría hacerle un par de preguntas? Seré muy breve.

Marina accedió. Enrique percibió que no supo decirle que no. Sin embargo, le advirtió que posiblemente no obtendría respuestas coherentes. La mente de Herminia iba y venía de modo que, unas veces podías encontrarte con un pozo inmenso de recuerdos y en otras ocasiones una conciencia vacía. Marina le acompañó a la habitación de su tía en el piso de arriba. Enrique se quedó boquiabierto unos segundos, observando los movimientos sutiles de su cintura mientras subía. Cuando se dio cuenta de su actitud descarada, sintió vergüenza. No es que no lo hubiera hecho nunca, pero por algún motivo que desconocía, sentía que a ella debía respetarla.

La habitación donde descansaba Herminia estaba llena de muñecas de porcelana. El orden y la pulcritud eran extremos. La luz de la ventana se clavaba sobre el cuerpo inmóvil de la anciana, sentada en una mecedora, mientras se peinaba una larga cabellera blanca y lisa. Aquel escenario y la sonrisa perdida, seguramente en alguna época mejor, hicieron presumir a Enrique que poco podría sacar. Pero, ya que estaba, lo tenía que intentar.

—Hola, Herminia, mi nombre es Enrique.

—Dios te salve, joven —contestó con más lucidez de la que esperaba. La verdad es que los preámbulos no eran el fuerte de Enrique. Además, no quería perder

una nueva oportunidad como le sucedió con el abuelo Pío. Así que comenzó atacando de frente.

—Herminia..., ¿sabe algo sobre una matanza sucedida en esta misma calle? —preguntó dando por hecho que de verdad había sucedido.

—¿Lo ves? —contestó como si no hubiera escuchado ni una sola palabra.

—¿Qué debo ver, Herminia? —dijo mirando a los lados.

—Marina te mira de reojo. Me parece que le gustas —dijo con una voz muy aguda y una sonrisa traviesa. Enrique dio media vuelta y vio a Marina doblando ropa al fondo del pasillo donde estaba la habitación de planchar. Sus miradas se cruzaron de nuevo, con un intercambio de sonrisas. En ese momento Marina entró en otra habitación. Sin saber cómo ni por qué, aquel detalle regaló a Enrique un pequeño momento de felicidad que le acompañaría el resto de la tarde.

—¿Qué quieres saber de la matanza? —preguntó Herminia de repente y sin perder la sonrisa.

—Pues lo que sepa...

—Fue uno de ellos. Dejó un escenario sangriento; terrible. Mis hermanos fueron víctimas. Yo nací después —dijo con un tono de voz más bajo mientras se pasaba el cepillo por las puntas del pelo.

—¿Uno de ellos? ¿De quién habla, Herminia? —preguntó Enrique pensando si aquella anciana no debía estar hablando de cualquier otro episodio de su larga vida.

—De los demonios. Mi madre decía que había sido un joven que vivía en el centro de la calle. En este mismo lado. Al despertar de su lecho de muerte se llevó a los inocentes. Un superviviente lo reconoció sin dudar. Los demonios toleran mejor la luz recién despiertos y lo hacen muy sedientos. Por eso les sorprendió. Mi madre me decía que si no era buena también se me llevarían a mí. Pero tranquilo, ahora ellos nos protegen.

—¿Quién nos protege?

—Mis hermanos y el resto de los inocentes —respondió riendo como si Enrique debiera saber algo sobre aquello que le contaba.

De repente, empezó a repetir una y otra vez una especie de cántico que debía conocer desde la infancia.

—Mozos de Esparreguera, sed buenos y permaneced despiertos, que los inocentes de piedra nos protegen de los muertos.

Ya había repetido esta frase un montón de veces balanceándose con la mirada perdida, cuando Marina entró en la habitación.

—Ya te he dicho que la lucidez le va y le viene —dijo mientras le ponía una almohada detrás de la cabeza con mucho cuidado. Ella se hizo cargo de mí cuando mis padres murieron. En aquel tiempo vivíamos en Barcelona.

Marina lo acompañó a la salida, Herminia tenía que descansar.

—Muchas gracias por todo. Me gustaría mucho volver a verte pronto. He pasado un rato muy agradable hablando contigo —dijo Enrique sin creer lo que acababa de hacer. Marina se puso un poco roja y cerró la puerta sin decir nada. No fue necesario, su sonrisa habló por ella.

Enrique se quedó un rato delante de la puerta de la casa. Miraba hacia arriba con la esperanza de que Marina pasara por delante de la ventana. Mientras lo hacía, se fijó en un detalle. Era una figura esculpida en piedra justo debajo del balcón del segundo piso. La escultura representaba un niño con la mirada triste, rodeado de hojas y flores a su alrededor. Enrique miró el resto de los balcones de la casa. En todas se podían encontrar estas pequeñas esculturas. Había cinco de ellas. Tres daban a la misma calle Taquígrafo Garriga y dos más a la carretera nacional. En principio no le dio más importancia, pero a medida que caminaba calle arriba volvió a ver figuras similares en otros balcones de la misma calle.

«Qué curioso, no me había fijado nunca» pensó. Entonces cayó en la cuenta. «¡Dios mío! Los inocentes de piedra, la matanza de la calle Madoz. ¿Y si estas figuras fueron esculpidas en honor a los inocentes muertos en la matanza?». Enrique buscó durante toda la tarde esculturas como aquellas en otros lugares de la villa. No las encontró en ningún lugar, excepto en una de las casas que hay en la carretera general, pero que realmente está a pocos metros de la calle Taquígrafo Garriga. Quizás allí también vivieron víctimas que jugaban con sus vecinos. No fue el único hecho intrigante para Enrique: en el centro de la calle Taquígrafo Garriga, justo encima de un portal, había esculpida la figura de la cabeza de un animal: un murciélago. Un murciélago endemoniado con los colmillos muy acentuados.

Pensó que era perfectamente posible que las generaciones posteriores hubieran esculpido la leyenda en las fachadas de sus propias casas para recordar aquellos que perdieron la vida. Lo cierto es que este tipo de esculturas son muy propias del clasicismo, y en Barcelona podemos encontrar muchas. Quizás algunos pensarán que los barceloneses con segundas residencias añadieron estas esculturas durante los años veinte como simples elementos ornamentales. Lo que sí es seguro es que las esculturas eran posteriores a la construcción de los edificios. Enrique se hacía las siguientes preguntas: ¿no era extraño que solo se encontraran en esta calle en concreto?, ¿no había más barceloneses con gusto por el arte clásico en toda la villa?, ¿es posible que aquellos que perdieron a sus hijos las hicieran esculpir en su recuerdo?

Los inocentes de piedra: la matanza que consistió en la cruel muerte de un grupo de niños, entre ellos los hijos de Pío, que debieron perder la vida mientras jugaban en aquella calle, sorprendidos por un ser que acababa de despertar de su propia muerte, hambriento de sangre y con más tolerancia a la luz, ya que estaba adaptándose a sus nuevas condiciones. Por eso los pudo sorprender al atardecer.

## 8

El domingo del 7 de mayo se presentaba como todos los demás. Nunca traían sensaciones positivas para Enrique. No le gustaba aquella sensación de que el fin de semana estaba terminando y debía volver a la rutina. Él prefería el viernes y el sábado. Le gustaba gozar de ese momento en que todavía tenía mucho tiempo para disfrutar de esas pequeñas cosas que lo hacían feliz. Además, aquella mañana se había levantado con dolor de garganta. Al tragar la leche caliente, algo le decía que entrada la tarde le subiría la fiebre y necesitaría unas horas en la cama. Así y todo, aquella mañana sí haría algo distinto. Había decidido asistir a la misa matinal con el objetivo de hablar con el padre García.

La Iglesia, por su posición en aquella época y aún hoy en día, tenía que estar al corriente de la existencia de seres que representaban el mal. Alguien debió de recurrir a ellos. Ante la imposibilidad de encontrar ningún tipo de información

más en los archivos del ayuntamiento, tenía la esperanza de que en la parroquia pudiera tener más suerte.

Enrique se había situado en la última fila esperando que acabara aquel ritual que tanto le aburría, pero eso no impidió que mosén García hubiera advertido su presencia. La ventaja o desventaja de vivir en un pueblo pequeño es que prácticamente conoces a todo el mundo. Mosén García sabía que Enrique no era un chico inclinado a las celebraciones religiosas. ¿Cuántas veces le había dicho: «¿Enrique cuándo piensas venir a misa? En la vida no todo puede ser diversión. A Nuestro Señor le gusta que nos acordemos de él». Y cuando ya lo daba por imposible, allí estaba él. Sentado entre todos aquellos fieles.

Al finalizar la misa, Enrique se acercó al cura mientras las abuelas del pueblo le cogían de la mano y le pedían cosas de todo tipo, tales como oraciones para familiares enfermos y cosas por el estilo. El capellán lo miraba de reojo. Cuando por fin era su turno, este le dijo:

—¿Qué te trae a la casa del Señor, Enrique? ¿Acaso finalmente has entendido que él es quién ilumina nuestro camino?, ¿o quizás tienes problemas y no tienes a quién recurrir? No te avergüences, mucha gente busca ayuda espiritual cuando se ve desesperada.

—Padre, en realidad no estoy buscando a Dios. Le busco a usted. Creo que puede ayudarme.

—¿A mí? —contestó sorprendido y un poco decepcionado por el comentario—. Bien pues, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Me gustaría saber si conservan ustedes algún tipo de archivo antiguo en la parroquia. Necesito información del pasado del pueblo.

—¿Has preguntado en el ayuntamiento?

—Sí, claro. Pero parece que los archivos fueron destruidos en guerras pasadas.

—Sí, es cierto. En la Guerra del Francés, aquellos gabachos se querían instalar en Esparreguera para descansar después de haber perdido la Batalla del Bruc. Los esparreguerinos, que no lo podían aceptar de ninguna manera, se enfrentaron con gran valor. Tiraron todo tipo de objetos y agua hirviendo desde los balcones. Los franceses, sin embargo, volvieron y hubo graves represalias. Muerte, violencia y también la quema de nuestros archivos. Aquí no tendrás más suerte que en el ayuntamiento. Más tarde, la Guerra Civil trajo al pueblo a un grupo de

descerebrados que se encargaron de destruir todo lo que llevara el sello de Dios. La Cruz del Término fue destruida. En San Salvador de las Espadas perdimos, entre otras cosas, un magnífico retablo gótico que representaba diferentes momentos bíblicos como la anunciación; pero lo que hicieron en esta iglesia... No puedes ni imaginarte la belleza que se perdió el día que aquellos exaltados entraron aquí. —En ese instante cambió la expresión de tristeza por una de orgullo—. La iglesia es gótica, ¡preciosa! Pero antes contaba con una exquisita ornamentación renacentista interior que dejaba a todos boquiabiertos. ¿Y el altar? ¡Qué altar! Todo de mármol, majestuoso. Y por si fuera poco el mejor órgano del país tallado en madera. Una lástima —decía con auténtica pasión mientras señalaba los puntos donde se ubicaban todos aquellos tesoros perdidos—. Todo quemado y destruido. Por supuesto los archivos tampoco se pudieron salvar.

—Padre, ¿alguna vez ha escuchado hablar de historias de vampiros?

—¿De vampiros? Claro, todo el mundo ha escuchado esas estupideces. Pero comprenderás que no me interesen demasiado.

—Pero es que yo me refiero a historias de vampiros reales.

—¿Te has vuelto loco o qué? —dijo alzando la voz—. ¿Vampiros reales? Chico, tú estás mucho peor de lo que pensaba. ¡Venga! Haz el favor de salir de la casa de Dios con estas historias del demonio y vuelve solo cuando tengas la firme intención de confesarte y salvar tu alma, Enrique.

Enrique se ruborizó. No quería que el resto de los presentes supieran qué estaba haciendo allí. La gente que todavía estaba en la iglesia lo empezó a mirar con desprecio por haber enojado al cura. Nunca le había gustado ser el centro de atención. Pero entre ellos, había un hombre de unos sesenta años, bajito y muy delgado; muy poca cosa, que a su vez transmitía una expresión sagaz. Iba muy bien vestido y afeitado, y no parecía juzgarlo como el resto. Es más, si su intuición no le fallaba, y no solía hacerlo, su mirada lo delató. Solo era una sensación, pero parecía que aquel hombre sabía de qué estaba hablando.

Enrique no sabía quién era y no lo tenía visto por el pueblo. En todo caso le pareció que se trataba de un hombre culto. No una de esas personas que se suelen definir como cultos porque son capaces de tener conversaciones interesantes. Era más que eso. Enrique era un chico muy observador. Solía fijarse en detalles

concretos en los que otros no prestan atención. No necesitó mucho para advertir en aquel hombre una elegancia singular. No solo en su forma de vestir (lo que llevaba puesto denotaba cierta distinción), sino también con su gesticulación. Al sacar un pañuelo de la chaqueta dejó patente que se trataba de una persona refinada.

Durante la tarde de ese día estuvo dándole vueltas. Cuanto más lo pensaba más seguro estaba de que aquel hombre podía ayudarle. Debía encontrarlo allí donde fuera. Si era necesario le esperaría el próximo domingo al salir de la misa.

## 9

Enrique viajaba sobre una nube y no se bajaría de ella con facilidad. Acostado en el sofá, sin ganas de hacer nada más que repetir ese momento vivido una y otra vez en su mente, se preguntaba cómo algo tan sencillo había hecho que aquel fuera uno de los días más felices de su vida. Como cada jueves desde que vivía solo, había ido temprano al mercado municipal para comprar fruta y utensilios para el hogar. Había tomado la costumbre de pequeño, cuando acompañaba a su madre. Para él, todo tenía un cierto encanto en aquella atmósfera que se formaba. Era uno de esos lugares que ayudaba a mantener los vínculos entre los habitantes y crear otros nuevos. A partir de ese día, el mercado y su emplazamiento tendrían un carácter aún mucho más especial.

Se encontraba en la parada de fruta donde normalmente compraba. Estaba llena de gente como era habitual. Arnaldo tenía unas manzanas verdes de Lleida fantásticas y decidió comprar algunas. Justo en el momento que iba a coger una, la mano derecha le fue inconscientemente hacia una manzana que le llamó la atención. Justo en el instante de poner la mano encima, otra mano se le adelantó y la cogió antes que él, sin poder evitar el contacto. Su sorpresa fue descubrir que aquella mano era la de Marina.

—¡Hola! —dijo sorprendido—. Me sabe mal, no te había visto. Cógela tú.

—Hola, es Enrique, ¿verdad? —dijo sin mirarlo a los ojos. La verdad es que a Enrique no le gustó mucho que le hubiera costado recordar su nombre. Aunque,

también existía la posibilidad de que sencillamente hubiera fingido no recordarlo. Parecía una chica vergonzosa.

—¿Qué tal todo? ¿Comprando un poco? —dijo pensando que era un estúpido por hacer una pregunta tan evidente.

—Que anillo tan bonito —respondió ella, mirando la mano con la que había acariciado la suya, donde llevaba el anillo que le había regalado el abuelo Pío.

—¿Te gusta? Es un regalo. ¿Cómo se encuentra tu tía Herminia?

—Últimamente no demasiado bien. Ten en cuenta que es ya una mujer muy mayor. ¿Sabes que no me quiso explicar el motivo de tu visita?

—¿De veras? Y supongo que estás un poco intrigada— Marina asintió con la cabeza sonriendo. —Pues si quieres, puedo explicártelo tomando un café en algún sitio, o si te apetece más, dando un paseo. En esta época del año los parajes del pueblo son muy bonitos.

Marina no respondió en un primer momento, pero el rojo de sus mejillas y una sonrisa de complicidad indicaron a Enrique que aquella era su gran oportunidad.

—¿Te paso a buscar el domingo a las cinco? Marina asintió y se marchó con el carrito vacío sin decir ni una sola palabra. Lo cierto es que no era necesario. Mientras se alejaba rápidamente, sin levantar la vista del suelo, Enrique respiró con fuerza para descargar los nervios. En un instante llenó los pulmones de aire y el corazón de felicidad.

Cuando Marina ya se había ido, Enrique vio a un hombre en la parada de enfrente que lo miraba de reojo. Era largo y delgado, de piel oscura, los huesos de la cara muy marcados y la nariz aguileña. Tenía una profunda cicatriz en la mejilla derecha y vestía una larga gabardina de color gris que parecía que no debía abrigar demasiado. Parecía que acababa de venir de la guerra. Aquel hombre giró la cabeza rápidamente cuando Enrique lo miró y tomó el primer objeto que encontró, como si quisiera disimular. No prestó más atención. Enrique ya viajaba sobre su nube blanca hecha de sueños dulces, y no podría bajar fácilmente.

Eran las siete y media de la tarde. La calle de San Ignacio estaba abarrotada de gente que buscaba pasar una tarde de sábado agradable. Era muy frecuente que la gente sacara a pasear sus trajes más elegantes, rodeados de flores que adornaban la nueva estación. Las terrazas de los bares se llenaban de conversaciones, la gente fumaba y bebía. Por ese motivo, llamaban a esa calle «el Paralelo», como si se tratara de la famosa avenida de Barcelona. Era su pequeño «Paralelo». A Enrique le encantaba sentarse y tomar una buena taza de café. Se impregnaba tanto de aquel ambiente festivo que la mayoría de las veces el café se le enfriaba y era incapaz de terminárselo.

En un momento en que fotografiaba mentalmente a un grupo de personas que hablaban frente al edificio de La Caixa, apareció un hombre que le era familiar. Era el que le había mirado diferente en la iglesia. Había pasado casi una semana, pero Enrique tenía grabada en la mente su expresión. «¡Mira por dónde! Al final no será necesario que le espere mañana a la salida de la iglesia». La verdad es que la idea no le seducía mucho, porque si el padre García le volvía a pillar allí preguntando por historias de vampiros podría tener problemas.

Aquel hombre vestía al estilo de los barceloneses ricos que se arreglan para ir al Liceo. Bajaba por la misma calle de San Ignacio caminando con la cabeza bien alta. También parecía disfrutar del ambiente festivo. A continuación, torció por la calle del Taquígrafo Garriga, antigua calle Madoz, y se perdió entre la gente que esperaba para ir al teatro del Ateneo. Enrique se levantó de la silla decidido a hablar con él. Ahora tenía una ocasión de oro.

La silueta de aquel hombre se adentraba en las sombras del pasaje del Ateneo. Seguramente él también se dirigía al teatro. Un edificio fantástico, construido a principios de siglo para satisfacer la necesidad de tener un local social y cultural en la villa. De Esparreguera han salido grandes actores, fruto de esta larga tradición. Precisamente uno de los orgullos de la villa es la representación de La Pasión, a la que los esparreguerinos han dedicado mucho tiempo y esfuerzo. Al llegar a la entrada del teatro, Enrique se dio cuenta de que aquel hombre se había desvanecido entre la multitud de gente que no quería perderse el estreno de la obra.

Enrique no tenía pensado acudir al teatro aquella tarde, pero si quería respuestas debía llegar hasta el final. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que la intuición le fallara? ¿Que aquel pobre hombre no tuviera ni idea de si en el pueblo

hubo vampiros, brujas, hadas o extraterrestres? En fin, al menos se lo sacaría de la cabeza de una vez por todas; el no ya lo tenía. Enrique subió las escaleras exteriores hasta llegar a la ventanilla que había en el lado izquierdo del edificio para comprar una entrada. Una vez dentro peinó la zona en busca de aquel misterioso personaje. Tenía la esperanza de que no se encontrara en la zona de los palcos. Su entrada no le permitiría acceder. No fue así. Aquel hombre estaba sentado solo en una mesa, donde había dos sillas más. Tenía que aprovechar la ocasión.

—¿Le importa que me siente aquí? —preguntó Enrique.

—En absoluto, joven —respondió sin poder disimular la incomodidad del todo.

Enrique estaba seguro de que no le había conocido. En ese momento no se atrevió a decir nada más. Tenía la esperanza de que en algún momento le mirara y fuera él quien le dijera algo. Cualquiera cosa para empezar a hablar. Pero aquel hombre no decía absolutamente nada. Parecía muy concentrado en la obra. De todos modos, se dio cuenta de que Enrique lo miraba. Quizás para acabar con aquella situación y sin quitar los ojos del escenario dijo:

—¿No crees que Lola Lizaran es una gran actriz? —¡Ya lo creo!, es mi favorita —dijo Enrique por complacerlo—.

¿No se acuerda de mí? —preguntó cuando la impaciencia se lo comía por dentro. En ese momento, aquel hombre que le dedicó un segundo por primera vez esa noche, encendía un cigarrillo.

—¡Ah, sí! Tú eres el joven que hizo enfadar al padre García. No se lo tengas en cuenta, es un buen hombre, pero demasiado devoto para atender historias como las que tú le planteabas.

—¿Y usted qué piensa de estas historias?

—Pienso que no deberías ser tan poco discreto si quieres conservar la cabeza sobre los hombros —dijo mientras las volutas de humo de su cigarrillo se perdían en la infinidad de los techos del teatro del ateneo.

Enrique no se esperaba aquella respuesta. Se quedó un instante sin palabras pensando si aquel hombre no estaría loco. Entonces el individuo le preguntó.

—Dime, joven, ¿dónde has escuchado esas historias?

—Encontré una carta muy antigua escrita por mi abuela.

Parece que aquellas palabras captaron su atención.

—¿Una carta de tu abuela? ¿De cuándo es esa carta?

—La fecha es de 1883. Además, conocí a un hombre que estoy convencido de que me dejó una serie de pistas tan enigmáticas como interesantes, pero murió antes de que pudiera volver a hablar con él. Estoy seguro de que escondía un montón de secretos. Se llamaba Pío. No es por qué, tengo la sensación de que usted puede ayudarme. ¿Lo hará? —dijo en un tono de voz demasiado alto llevado por la emoción. Tanto, que desde la mesa de al lado le pidieron silencio. Su acompañante se incomodaba ligeramente mirando a ambos lados.

—Chico, ¿tú qué entiendes por ser discreto? Esto es lo que haremos —dijo en voz muy baja—. Tú espérame en la Plaza de Santa Eulalia el próximo martes a las dos de la madrugada. No olvides traer la carta de tu abuela. ¿Lo has entendido?

—Claro —dijo Enrique muy satisfecho mientras le daba la mano—. Mi nombre es Enrique.

—Raúl..., Raúl de la Vega.

Como ya tenía lo que quería, Enrique decidió abandonar el lugar entre las miradas enojadas de aquellos que le habían pedido silencio y a los que ahora les tapaba parte del escenario mientras se ponía la chaqueta.

## 11

Enrique contaba las horas de aquella tarde que se le hizo eterna. Le parecía que el reloj de pared de su abuela marcaba el paso de los segundos con más fuerza que nunca en sus oídos. Lo había mirado tantas veces como se había mirado a sí mismo en el espejo. Salió de casa hecho un manojo de nervios. Las piernas le temblaban tanto que temía que Marina se diera cuenta, y no podía hacer nada para que las manos no le sudaran. «¡Venga, Enrique! Todo irá sobre ruedas. Puedes con esto y mucho más» se decía a sí mismo. En momentos así echaba de menos los consejos de sus padres.

Llegó a casa de Marina cuando aún faltaban diez minutos para las ocho. Así que decidió esperar a llamar a la puerta hasta que el campanario anunciara la

hora justa. Enrique no sabía qué sonaba más fuerte, si las campanas o los latidos de su corazón. Marina abrió la puerta. Llevaba un traje oscuro, muy refinado. Llevaba el cabello mojado, sin su coleta habitual. Los zapatos que llevaba eran también negros de vestir. Sus ojos de color miel brillaban y, mientras intentaba esconder la sonrisa, parecía esperar un comentario por parte de Enrique.

—¡Caramba, qué elegante! —dijo mientras su corazón latía tan fuerte, que parecía que quería salirse del pecho para verla más de cerca.

—¿De veras? Hacía tiempo que no me ponía este vestido. Últimamente estoy tan ocupada... De hecho, no puedo volver demasiado tarde, debo preparar la cena para mi tía.

—Me hago cargo, no sufras —dijo ofreciéndole el brazo para iniciar el paseo. La verdad es que Enrique se puso muy contento. Que se hubiera puesto tan guapa parecía una señal de que ella también le daba importancia a la cita.

Permanecieron sentados buena parte de la tarde en el Café la Estrella, charlando de cosas al principio cotidianas. Más tarde, Enrique se dio cuenta de que era capaz de explicarle aquellas cosas que solo explicas a la gente a la que le tienes mucha confianza. Aquellas cosas que cuentas a los amigos con los que has creado una amistad larga y auténtica. En cambio, ellos eran dos desconocidos que no habían tenido tiempo para ganarse esa confianza. Nada de esto parecía importar. De hecho, Enrique llegó a explicarle lo que le obsesionaba actualmente: la carta de su abuela y su contenido. Y eso que se había jurado que no lo haría para no asustarla. Las horas pasaban de puntillas a su lado. Después empezaron a pasear por la ciudad sin sentido ni dirección. El atardecer los atrapó por sorpresa; pasaron por delante de una roca que se encuentra tocando a la iglesia de Santa Eulalia. Enrique le explicó que su padre le contó de pequeño que era un dragón convertido en piedra.

—Cómo te gustan las historias fantásticas, Enrique. ¿Quieres decir que todo esto de los vampiros no es una invención de tu mente? Es decir, que quizás quieres ver cosas irreales para darle un poco de emoción a la vida.

—No, Marina, esto es una historia real, estoy convencido. No conocías a mi abuela, ella no se hubiera inventado nunca una historia así. Algún día te lo demostraré.

—Eres un chico muy decidido. Yo solo tengo un sueño: pasar los veranos cerca del mar.

—¿El mar...? —dijo con una expresión casi de ignorancia—. Sí, es muy bonito, pero solo he estado una vez, y era de noche. Soy un chico de interior y no he salido mucho del pueblo.

—Pues es precioso. No hay nada como sentarse sobre la arena dorada y dejar que la espuma de las olas te acaricie la piel.

—Este gusto lo has heredado de tus padres, ¿verdad?

—Pues sí, ¿cómo lo sabes?

—Hombre, no es difícil de deducir teniendo en cuenta el nombre que te han puesto. Además, en la pared del comedor de tu casa había colgado un timón de madera blanca que no concordaba con el resto del mobiliario. Y en el recibidor había un marco también de madera blanca adornado con estrellas de mar y la fotografía de una pareja joven con una niña pequeña. Tus padres y tú, supongo. Imagino que viviríais cerca del mar y al morir tus padres te viste obligada a venir aquí.

Los rayos de luna iluminaban la sonrisa inocente de Marina mientras sus ojos brillaban de una forma mágica. Parecía impresionada.

—Eres muy detallista, Enrique.

—Está bien —dijo cogiéndole la mano—. Te prometo que haré todo lo posible para que tu sueño también se haga realidad.

Marina pareció tomar la palabra con un gesto de complicidad, sin decir nada más.

Eran las dos en punto de la madrugada y la figura del señor de la Vega rompía la luz exigua de las farolas con su paso lento. Para Enrique fue una satisfacción muy grande verlo venir. No las tenía todas consigo de que apareciera. Sabía que existía la posibilidad de que quisiera quitárselo de encima el sábado pasado en el teatro. Cuando llegó ni siquiera le saludó:

—¿Has traído la carta? —Sí, está aquí —dijo sacándosela del bolsillo de la chaqueta.

El señor de la Vega la examinó prestando mucha atención al tacto y al olor que desprendía.

—Sí que parece muy antigua. Bueno, este es el trato: si te muestro pruebas que hablan sobre lo que estás buscando, tú me das esta carta.

—¿La carta de mi abuela? —dijo sorprendido— Es que para mí tiene un gran valor sentimental y...

—Muchacho —le interrumpió—, el lugar que conocerás hoy no está al alcance de cualquiera. Puedes sentirte un privilegiado por tener la ocasión de poner los pies allí. Es posible que sea tu única oportunidad de encontrar lo que buscas. ¿Qué dices? —dijo tragándose el humo del cigarrillo y sacándolo por la nariz.

—Está bien. Pero solo si me aporta conocimientos interesantes. No quiero historias vagas y confusas. Lo que quiero son pruebas que demuestren que todo es real. De lo contrario, no hay trato. ¿Está de acuerdo?

—Créeme, no te decepcionaré. Eso sí, tú allí no has bajado nunca, ni siquiera sabes que existe y no hablarás con nadie. ¿Lo has entendido?

—Pero ¿de qué estamos hablando exactamente, señor de la Vega?

—Hablo del tesoro más valioso que hay escondido en las entrañas de nuestro pueblo.

—De acuerdo— dijo intrigadísimo—. No debe preocuparse por nada.

Caminaron durante más de veinte minutos a paso ligero. La casa del señor de la Vega quedaba bastante alejada. Mientras caminaban dejó una cierta distancia entre él y Enrique durante todo el trayecto y no dijo absolutamente nada.

Finalmente llegaron. La casa era antigua y parecía un poco descuidada en cuanto a la fachada y el resto del exterior. En cambio, el interior tenía buena pinta. Presentaba un orden y un gusto por el arte antiguo que le daba categoría. Una vez allí, el señor de la Vega abrió una trampilla detrás de un estante lleno de

fotografías antiguas que Enrique no habría sido capaz de encontrar ni en mil años. Supuso que se debió construir con esta intención. Entraron por la trampilla y bajaron por unas escaleras de piedra rodeadas de oscuridad. El señor de la Vega iluminaba con una lámpara de aceite muy antigua que abría camino en aquel pasillo claustrofóbico a través de la penumbra. Al final de la escalera llegaron a una pequeña puerta de madera envejecida que, por sus dimensiones, no parecía esconder nada extraordinario. Al abrirse, descubrió una sala oscura que se iba haciendo más y más grande así que el señor de la Vega iba encendiendo unas velas que tenía ubicadas estratégicamente. Así, la sala se iba iluminando lo suficiente para descubrir unos pasillos llenos de estantes de madera con libros y documentos muy antiguos.

Enrique miraba arriba y abajo boquiabierto. Los pasillos parecían infinitos. Había libros hasta donde Enrique perdía la visión; allí donde la oscuridad los devoraba en el horizonte por más que el señor de la Vega intentara rescatarlos de las sombras con la lámpara para mostrárselos. Era imposible averiguar dónde estaba el límite. En un rincón de la sala había una mesa y una silla victoriana que en su día debieron formar parte del mobiliario de una familia aristocrática. Enrique pensó que los orígenes del señor de la Vega debían ser bastante influyentes.

—¡Caramba, qué montón de libros! ¿De dónde los ha sacado?

—¿Sorprendido? ¿A que no te lo esperabas? —dijo con una expresión de orgullo y sin ninguna intención de responder a la pregunta de Enrique—. Esta biblioteca tiene auténticos tesoros, muchacho. Ni siquiera la biblioteca de Alejandría le haría sombra. Bueno, dime, ¿qué buscas exactamente? —dijo poniéndose serio de repente.

—Ya lo sabe, vampiros. Sospecho que existieron realmente y que los hubo aquí, en nuestro pueblo.

El señor de la Vega lo miró fijamente a través de sus pequeños ojos. El juego de sombras provocado por la escasa luz de la lámpara le distorsionaba la forma de las cejas, dándole así un aspecto más inquietante e incluso feroz. En ese instante cruzó las manos, e inclinándose ligeramente hacia delante dijo:

—Los vampiros existieron —Enrique esperaba oír aquellas palabras, pero esto no evitó que sintiera un escalofrío—. ¿Qué más quieres saber sobre ellos?

—Bueno, pues, quiero que me explique todo lo que sepa, cuál fue su origen, desaparición... todo.

—¿Su origen, dices? ¿Eso quién demonios lo sabe? Todo lo que circula son leyendas e, incluso estas, prácticamente han desaparecido. ¿Has oído hablar alguna vez sobre la Lágrima del Sol negro? —La expresión de ignorancia de Enrique le hizo continuar sin más—. Lo que circulaba cuando yo era un niño ya eran relatos muy confusos. Aún así, te contaré todo lo que mis ancestros me transmitieron. Tienes que entender que hoy en día estas leyendas están muertas y enterradas: Al parecer, la cuna de la Lágrima del Sol negro se encontraría en poder de unas brujas que vivieron en la antigüedad, hacia finales del siglo XII o principios del XIV. Estas brujas vivían apartadas del pueblo, muy probablemente en las Cuevas de Salitre de la población vecina de Collbató, donde aún hoy nos llegan leyendas de brujería y de sus hechizos. Es de suponer que las brujas utilizarían su magia por toda su área de influencia, incluido el mismo desfiladero del Cairat. Sus cultos paganos despertaron el miedo entre los habitantes de un pueblo cada vez más influenciado por la iglesia católica. Muy probablemente las brujas eran originarias del Valle de Aran, impregnadas de la cultura pagana de los cátaros. Fíjate en la fecha de la carta de tu abuela, el 31 de octubre. Los celtas, la cultura de los cuales había influenciado también a los cátaros, creían que este día los muertos volvían al mundo de los vivos, y estos les dejaban presentes a fin de que no se llevaran sus almas. Este es el origen de la fiesta de Halloween, que conocemos en su forma americana como herencia de los irlandeses que emigraron a aquellas tierras, pero la realidad es que el nacimiento de estas creencias se encuentra aquí en el viejo continente.

Para todos ellos, la noche del 31 de octubre es una noche muy importante, ya que estos poderes paganos se multiplicaban de forma inverosímil. Los aldeanos no se acercaban nunca allí donde las brujas rendían culto a falsos dioses y practicaban magia negra. Se decía que los habitantes del pueblo contaban historias a sus hijos para que no se alejaran, porque los que lo hacían desaparecían sin dejar rastro. Decían que las brujas eran las responsables. Un día decidieron acabar para siempre con ellas.

Todo ello coincide con el inicio de la Santa Inquisición en la Corona de Aragón en el siglo XIII. Como ya sabrás, la persecución de la brujería es un hecho histórico. Por este motivo me inclinaría a pensar que tal vez mis antepasados no debían ir

muy desencaminados con sus historias. El pueblo decidió atacar las brujas un día brumoso, para no ser vistos con facilidad desde el desfiladero. Se armaron con palos y antorchas para ahogar su maldad bajo el fuego purificador. Pero ese día, hubo un eclipse.

Según creían antiguamente, los hijos del infierno se movían bajo el embrujo de la luna. Asimismo, el fuego era considerado un pedazo del mismo sol que purificaba y espantaba las almas oscuras. Por este motivo, las brujas eran condenadas a la hoguera de la misma manera que Dios envía los infieles al infierno, donde el castigo es el mismo fuego purificador. Sin embargo, aquí en nuestra tierra, el medio más utilizado para eliminarlas era enviarlas a la horca. En tal caso, aquellas eran brujas de verdad, demasiado poderosas para arrastrarlas a la horca. No obstante, en un día de eclipse, el sol desaparece al tiempo que también lo hace su protección. En su ausencia se podían hacer los hechizos más poderosos que se pueda imaginar. Las brujas lo sabían, y aprovecharon el aumento de su poder para hacer un último hechizo. Cuando la oscuridad conquistó el cielo, los aldeanos sintieron un estruendo que hizo tambalearse el suelo seguido de las risas de las brujas. Se hizo el silencio entre los aldeanos mientras esperaban impacientes el regreso del sol en medio de la oscuridad. Este llegó poniendo su brazo sobre el desfiladero, en forma de un rayo de luz de esperanza. Cuando la luz fue suficiente, fue cuando las vieron por primera vez: en el lugar donde estaban las brujas cuando la oscuridad se había tragado el sol había unas rocas gigantescas con formas inquietantes. Aquellas rocas tenían la apariencia de las siluetas de las brujas. Desde entonces, aquel lugar se conoce como las Brujas Encantadas o el Oráculo de las Brujas.

Solo algunos valientes se atrevieron a dirigirse a los pies de aquel monumento a la brujería. Fue entonces cuando la encontraron: era una preciosa roca de cristal oscuro, similar al cuarzo ahumado, y tenía la forma de una lágrima. Los aldeanos creyeron que las brujas la dejaron allí para maldecir al pueblo. Que todo tipo de desgracias caerían sobre ellos con toda la rabia del demonio. Pestes, malas cosechas, cualquier cosa... Como nadie osó destruirla, temiendo consecuencias peores, decidieron alejarla del pueblo tanto como fuera posible. Así pasaron los años y el pueblo disfrutó de una cierta tranquilidad. Cada noche de San Juan los habitantes del pueblo encendían hogueras para ahuyentar a los espíritus de

aquellas brujas. Algunos decían que estas se paseaban de nuevo durante la noche más corta del año.

Pasados muchos años, un nuevo abad de Montserrat que había leído mucho sobre alquimia y ciencias ocultas conoció la historia y se interesó por la Lágrima. Algunos se atrevían a decir que aquel abad pertenecía a un antiguo grupo de adoradores del diablo que buscaban la Lágrima. Otros, que sencillamente la codicia lo cambió. Este nuevo abad creía que las brujas concentraron en la Lágrima todo su poder antes de convertirse en piedra. La excusa del abad era que quien la tuviera en su poder, con los conocimientos suficientes para usarla, podría convertirse en un enemigo muy peligroso. En realidad, el abad creía que quien poseyera la Lágrima podría invocar a los espíritus de las brujas. Que volverían al mundo de los vivos con ánimo de venganza y que podrían recompensar a aquel que las hiciera volver. De hecho, el abad creía que este era el objetivo real de las brujas al crear la Lágrima, aparte de evitar morir quemadas en la hoguera. De esta manera no morirían, solo se mantendrían dormidas.

Yo creo que el abad quería la Lágrima, no para evitar males mayores, sino para poseer para sí mismo su poder. Por este motivo envió a uno de sus guerreros más fieles; un hombre de linaje noble que trabajaba para ellos y que vivía en el castillo de Esparreguera. El noble servía al abad de Montserrat y tendría su visto bueno para utilizar todos los medios necesarios para encontrar la Lágrima. Uno de ellos extorsionó a aquellos que supieran algo y no quisieran hablar. Juraría que aquel hombre la terminó encontrando. Seguramente sería en un país extranjero de ocupación otomana.

Según mis estudios basados en los documentos que poseo, la Lágrima permaneció escondida durante años en las entrañas de una de las siete maravillas del mundo antiguo.

—No me diga más..., ¡en el Coliseo de Roma! —dijo Enrique en un impulso, intentando hacerse el interesante. Al señor de la Vega no pareció gustarle la interrupción, y contestó de forma un tanto pedante.

—Chico, no te iría mal pasar unas cuantas horas entre estas paredes. Estoy hablando de una de las siete maravillas del mundo antiguo. El anfiteatro Flavio no es una de ellas.

—¿El anfiteatro Flavio? —preguntó en voz baja para no volver a incomodar al señor de la Vega.

—Anfiteatro Flavio es el nombre original del Coliseo, llamado así porque se encontraba junto al Coloso de Nerón, una estatua gigantesca de bronce en honor al emperador romano, hoy desaparecida. Volviendo a las siete maravillas, son estas: la Gran Pirámide de Giza, los Jardines Colgantes de Babilonia, el Faro de Alejandría, el Coloso de Rodas, el Mausoleo de Halicarnaso, el Templo de Artemisa y la Estatua de Zeus en Olimpia —Enrique escuchaba sin más aportación para no volver a meter la pata. El señor de la Vega continuó—. Conservo entre estas paredes un documento que menciona la búsqueda de la Lágrima en una de estas siete maravillas, dominada en ese momento por el Imperio otomano. Teniendo en cuenta estos datos y la época en que se encontraban, me hace pensar que aquel hombre encontró la Lágrima bajo las ruinas del Mausoleo de Halicarnaso, ubicado en la ciudad de Caria, actual Bodrum, Turquía. Si es así, debes tener en cuenta la tarea, casi imposible, que aquel hombre llevó a cabo y que no todo el mundo podría haber hecho. La antigua Caria ya era una tierra de famosos mercenarios. Y aquel hombre, un guerrero cristiano, tenía que adentrarse en un país de dominación otomana y llevarse una reliquia pagana de sus tierras con todo el peligro que ello conlleva. Este sería el motivo real de sus viajes.

Precisamente es aquí donde debió llegar el conflicto entre él y la Iglesia. Seguramente embriagado de poder se negaría a entregar la Lágrima al abad. En respuesta a esta insubordinación, este le acusó de herejía y de estar poseído por el diablo. El pueblo se volvería a convertir de nuevo en la herramienta que la Iglesia necesitaba. Los habitantes de Esparreguera cerraron filas una vez más para que el mal no se apoderara del pueblo. El resultado fue la muerte del guerrero en el mismo castillo de Esparreguera donde residía. Está documentado que el castillo quedó muy deteriorado ese mismo siglo. Creo que el motivo sería la riada de odio que le pasó por encima, y no el terremoto que se produciría en la misma centuria. Pasados los años, la villa vio nacer nuevas leyendas a su entorno. Decían que el noble había sido visto por las cercanías del castillo después de su muerte. Una muerte que andaría sobre el pueblo durante siglos. Comentaban que el noble, al alcanzar la Lágrima, se dirigió al Oráculo de las Brujas. Era una Noche de San Juan y sus espíritus hicieron acto de presencia. El noble solicitó la vida

eterna a las brujas y estas le pidieron, a cambio, que satisficiera su sed de venganza. Una venganza que consistía en eliminar las almas del pueblo que las había ajusticiado.

Para asegurarse de que el noble cumpliría su petición lo convirtieron en un esclavo de la sangre. Es decir, en un vampiro. Un ser que camina en la penumbra chupando la sangre de los vivos y también sus almas, convirtiéndolos en seres endemoniados. Las leyendas de vampiros ya circulaban desde hacía siglos por el continente. Así que es posible que ese hechizo ya fuera utilizado por otros brujos en tiempos pasados. Eso sí, el noble solo podría culminar la venganza de noche, ya que el poder de las brujas no podía luchar contra el sol. Sin él la vida no existiría; él era el auténtico ojo de Dios. Las leyendas también hablaban de un libro de hechizos que poseían las brujas, y que debieron de esconder antes de convertirse en piedra. El noble también debió de encontrar el libro y con la Lágrima del Sol negro, debió invocarlas. La Abadía, por su parte, descubriría muchos años más tarde que el origen de todo era la venganza de un guerrero que llevaba siglos muerto, y que se alimentaba de la sangre del mismo pueblo que un día le eliminó por herejía. Los sacerdotes de Montserrat debían encontrar una solución con mucha discreción. No podían permitir que se conociera que todas aquellas muertes eran fruto del ansia de un antiguo abad que pretendía hacer suya una reliquia pagana. Que la deseaba tanto que estaba dispuesto a matar por ella.

En cuanto a los adoradores del diablo, han continuado buscando la Lágrima a través de los siglos. Algunos dicen que son miembros la religión de una minoría kurda, históricamente acusada de adorar al diablo por los musulmanes. Lo más probable es que esta acusación se haya extendido a todo el colectivo de forma injusta por el hecho de pertenecer a una religión diferente. Pero es posible que algunos de sus miembros sí lo fueran en la antigüedad. Un hecho importante, y más tarde entenderás por qué, es que se consideran hijos de Adán, pero no de Eva. Sea como sea, su religión se remonta hacia el año 2000 antes de Cristo. Tiene mucho mérito que hayan sobrevivido al islam todos estos siglos. No hay duda de su fortaleza.

—¿Comprendes por qué te digo que debes ser discreto, chico? No te imaginas lo que se esconde detrás de todo esto.

—Señor de la Vega, el noble del que hablan las leyendas... ¿Es posible que su nombre fuera Montorch?

Al señor de la Vega le cambió la expresión por una de sorpresa.

—¡Caramba, chico! Reconozco que te había subestimado. Ya veo que has hecho los deberes. Dime, ¿dónde has oído ese nombre?

—Ese anciano del que le hablé. Dicen que tenía ciento siete años cuando murió. Se llamaba Pío Domènech, no se si usted lo conoció.

—¿Que si conocía a ese viejo huraño?, ya lo creo que sí. Pero ¿tú de qué lo conocías? —preguntó intrigado.

—En realidad de nada. Lo conocí en el hogar de ancianos. Parecía un hombre muy misterioso. Cuando le pregunté por los vampiros no me contestó con claridad. Pero con el tiempo descubrí que me había dejado mensajes, en medio de un entramado de palabras que no parecían tener demasiado sentido.

Mientras hablaba, Enrique le mostró aquello que el abuelo Pío le había dicho poco antes de morir. Es decir, las palabras clave: *Puig, Montorch y Mestre*.

—Es realmente muy interesante. Créeme, tienen todo el sentido del mundo estas palabras. Pero él sabía que no las podía decir así como así.

—Señor de la Vega, ¿sabe usted si el tal Montorch fue un personaje real? —insistió sin decirle ni una sola palabra de la llave y del anillo que le había dejado el abuelo Pío. No había ninguna razón en especial, sencillamente prefirió no enseñar todas sus cartas.

—Verás, Montorch es el nombre de un personaje legendario que se cree que vivió entre los años 1488 y 1525. Los ancianos hablaban de un barón, pero sus orígenes reales son totalmente desconocidos. Además, la baronía del castillo de Esparreguera, en realidad, es mucho más antigua que la época en la que vivió Montorch. En aquel tiempo el castillo ya pertenecía a la Abadía de Montserrat. Es posible que originariamente su linaje fuera noble, pero creo que su labor en el castillo sería más bien la de un castellano. En todo caso, estoy seguro de que él es el noble del que hablan las leyendas. Este nombre, sin embargo, no parece tener ningún origen onomástico al menos en nuestro país.

Algún documento antiguo de la Abadía de Montserrat hace una breve mención de un tal Arnulfo Monfort del castillo de Esparreguera. El tal Monfort trabajaba para ellos y lo dejaban vivir allí, haciéndose cargo de aquellas tierras. El

documento también habla de unos monjes que servían en el mismo castillo. Seguramente las tareas que debía llevar a cabo el tal Monfort eran de mucha importancia, pero no hay más referencias sobre este personaje en ninguna parte. Es posible que también fuera uno de esos adoradores del diablo, que posteriormente traicionó a su líder. La leyenda, por su parte, habla del barón Montorch. Es posible que se trate del mismo Monfort; que él mismo cambiara de apellido, a saber por qué. Quizá para darle un tono más feroz o para ocultar su pasado. También existe la posibilidad de que su nombre degenerara con el paso del tiempo en boca del pueblo que tanto le temía en vida, y, más aún, cuando se convirtió en un demonio.